

Soledad Puértolas

Música de ópera



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Soledad Puértolas

Música de ópera



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

*A Inés, Modesta y Conchita,
refugios de mi infancia*

*A mi nieto Gabriel
A mi nieta Carmen
A mi nieta Eva*

1. UNA MAÑANA SIN VIENTO

A media mañana de un soleado día de febrero, Elvira Ibáñez, viuda de Rafael Claramunt, salió a la calle con un propósito determinado que, curiosamente, olvidó en cuanto aspiró la primera bocanada de aire fresco. Tan solo unos minutos antes, mientras se encajaba, frente al espejo del vestíbulo de su piso, el gorro de astracán que había pertenecido a su difunto marido, se afianzó en la determinación de resolver esa misma mañana el asunto de la administración de los negocios familiares y, por un momento, se representó en su mente la hipotética escena que, dentro de un rato, iba a tener lugar en el palacio de los Tello, donde se proponía entrevistar, con la mayor discreción, al candidato que le había recomendado su amiga Eugenia Tello. Pero en cuanto la viuda de Claramunt se vio en la calle, envuelta en la radiante luz del invierno y respirando un aire que, asombrosamente, parecía inmóvil, sus pensamientos se alejaron por completo del asunto.

Antes de adentrarse en la avenida de la Patria en dirección a la catedral, doña Elvira volvió la cabeza, la alzó y echó una ojeada al edificio del que acababa de salir. Siempre lo hacía, como para corroborar que, durante su ausencia, la casa permanecía en su lugar. Era un edificio elegante, en chaflán, al estilo de la época, que ocupaba buena parte de la manzana de casas en la que quedaba inserto y donde el ladrillo rojo se combinaba con revocos de color vainilla. Contaba con un sótano, un piso bajo, un principal y otros tres pisos más, rematados por una especie de palomar retranqueado. Desde la calle, más que el palomar, del que apenas se atisbaba el tejado rojizo, lo que se veía eran las balaustradas de las terrazas del piso tercero, una a la derecha y otra a la izquierda. En el medio, haciendo esquina, se adivinaba otra terraza y un pequeño habitáculo. El palomar quedaba justo detrás.

La obra había sido iniciativa de Rafael Claramunt, un joven emprendedor que, antes de cumplir los treinta años, había levantado todo un imperio empresarial. Cuando, a finales de la primera década del pasado siglo, en un año que, por descuido del arquitecto o por expreso deseo de su propietario, no figuraba en un lugar visible de la fachada, las obras del edificio Claramunt finalizaron, Rafael Claramunt se casó con Elvira Ibáñez y la llevó a vivir al piso principal del

edificio. Solo dos de los embarazos de los varios que se sucedieron durante los años conyugales llegaron a buen puerto. El primero y el último. El resultado había sido el nacimiento, con un lapso de diez años por medio, de dos hijos varones, Justo y Alejo.

Probablemente, Rafael Claramunt había trabajado en exceso, o era demasiado iracundo. Murió en la plenitud de su vida, dejando en manos de su viuda –aún una mujer joven– y de sus hijos –uno de ellos todavía un niño– un amplio entramado de fábricas, empresas y comercios. Un telar, un almacén de telas de venta al por mayor, una tienda de telas abierta a todo el público y un local, el Café de las Damas –el negocio más reciente, inaugurado un par de años antes de su muerte–, en el que, tal como el nombre sugería, se reunían, a la hora de la merienda, las damas más distinguidas de la ciudad –las damas presumían de cultas y de tener opiniones sobre todas las cosas de este mundo y, en menor medida pero con igual certeza, del otro–, eran los negocios más destacados. Había otros, menos visibles y puede que más confusos, bienes inmuebles, sucursales, medios de transporte y otros asuntos, que prometían crecer si se les prestaba la debida atención.

Fue Justo Claramunt, el primogénito, un joven de apenas veinte años, quien, muerto el fundador, se hizo cargo de los negocios familiares, que se encontraban en plena fase de expansión. La viuda de Claramunt carecía de todo sentido práctico. La disposición de su marido para la actividad empresarial siempre le había causado un profundo asombro, pero como había sido educada en la idea de que el pan cae del cielo, el asombro tenía proporciones moderadas. Nunca había entendido bien por qué su marido tenía ese afán de fundar y expandir negocios cuando luego no disponía de tiempo para disfrutar de la fortuna que proporcionaban. Claro que ella se encargaba de hacerlo.

Elvira Ibáñez vestía con un lujo que rozaba la ostentación. Sus vestidos eran confeccionados por una modista de Madrid, que se desplazaba expresamente a la ciudad al principio de cada temporada para escoger los mejores tejidos del telar y tomar las medidas a la señora. Había que actualizarlas en cada ocasión para que la ropa quedara perfectamente ajustada al cuerpo de la señora, sin nada que sobrara y produjera innecesarios frunces y abultamientos, y, lo que era una amenaza de mayor calibre, sin que nada faltara, es decir, sin que el vestido o la blusa o el abrigo, o lo que fuera, resultara estrecho, síntoma inequívoco de mal gusto o propio de personas que no pueden permitirse el menor exceso en los gastos de tela. Con las medidas de la señora actualizadas, la modista regresaba a Madrid, adonde acudía doña Elvira cuando la ropa estaba prácticamente lista. Ir

a Madrid le encantaba. Los días que pasaba en la capital –se alojaba en el Hotel Ritz– eran muy ajetreados. Una de las tareas diarias de la señora consistía en visitar el taller de la modista para realizar las últimas pruebas de las prendas encargadas. Entonces se hacían los últimos ajustes.

Otra de las pasiones de la señora eran las joyas. Los grandes joyeros de Madrid la hacían pasar a sus trastiendas, donde le enseñaban los diseños propios más originales y las últimas creaciones de la joyería internacional. Eran piezas que se guardaban en cajones secretos forrados de terciopelo color cereza y que solo se desplegaban ante los ojos de la clientela más selecta. Los gustos de doña Elvira se decantaban por piezas que pudieran llevarse con naturalidad, casi de forma cotidiana. Joyas que no requirieran ocasiones especiales para ser expuestas. Al fin y al cabo –en su propia opinión–, la vida que llevaba era sencilla. La máxima cota de la diversión se alcanzaba en los bailes de los balnearios, de los que la señora era clienta asidua.

A los comienzos de cada temporada, doña Elvira, en compañía de sus hijos y de una niñera, se desplazaba a uno u otro balneario. Era huésped habitual de los grandes hoteles de Cestona, Panticosa y Puigcerdà. La rutina de la vida en los balnearios encajaba perfectamente en sus gustos y en su forma de ser. Paseos higiénicos, alimentos sanos, agua inmejorable, cenas a las que se acude con vestidos de fiesta, pequeños conciertos y, lo mejor de todo, bailes. Todo eso le encantaba. Y, más aún, no tener que preocuparse por la organización y la marcha del hogar, lo que siempre le había resultado terriblemente tedioso.

Pero la gran pasión de doña Elvira, viajar, se desarrolló tras la muerte de su marido. Subir a un tren y aparecer, al cabo de unas horas, en una vibrante ciudad europea, donde se hablaba otro idioma y se vivía de otro modo, le resultaba excitante. A pesar de que no era una mujer guapa, su presencia imponía. A sus viajes la acompañaba una señora alemana, fraulen Katia, amiga o pariente lejana de la familia, viajera empedernida, que aprovechó la viudedad de doña Elvira para inocularle su afición y compartirla con ella.

Elvira Ibáñez tenía alrededor de cuarenta años cuando se quedó viuda. Fraulen Katia le llevaba, como poco, diez, aunque, como ocultaba su edad, era imposible saberlo con certeza. Las edades de las señoras parecían perfectas para viajar y gastar dinero. Impecablemente vestidas, las dos señoras –una de ellas enojada de forma discreta pero perceptible– se movían por las ciudades del mundo como Pedro por su casa, hablaban varios idiomas, disfrutaban de la música, del teatro, de los restaurantes y de los hoteles. Gastaban mucho dinero.

Aquellos viajes por las ciudades del mundo, que a los ojos de doña Elvira

resultaban completamente distintas de las ciudades españolas que conocía – Madrid, Barcelona y Sevilla–, se quedaron para siempre en su memoria, y, junto a sus estancias para las pruebas de la modista, en Madrid, fueron, con el tiempo, reiteradamente evocados. Estaban envueltos en un aire de despreocupación y libertad que le había cogido completamente por sorpresa y la había cautivado para siempre, inoculándole la idea de que la vida fuera del hogar era mucho más fascinante que la de dentro.

Justo Claramunt, una fatal mañana de invierno, le comunicó a su madre la funesta noticia de que se había acabado el presupuesto para todos esos lujos. Para los viajes de la modista de Madrid, para los mismos viajes a Madrid – siempre en compañía de fraulen Katia y ocupando dos lujosas suites en el Hotel Ritz– para asistir a cuantas pruebas de la modista fueran necesarias y, de paso, acudir a representaciones teatrales, conciertos y otros espectáculos más modernos, a los que las damas se habían aficionado enseguida, y, sobre todo, para los largos viajes de las señoras por las ciudades de Europa. Todo aquel fasto se tenía que acabar. Los negocios no daban para tanto.

Doña Elvira miró a su hijo con profundo disgusto. ¿Para tanto?, ¿es que aquello era para tanto? Era lo de siempre. Nunca había sido de otra manera.

–Me parece que tú no vales para esto –dijo–. No has heredado el instinto de tu padre. Quizá hayas salido más a mí.

Tras aquella breve conversación –una infracción grave por parte de su hijo–, la señora se quedó meditabunda. Había que apartar a Justo de los negocios. Tampoco Justo parecía muy interesado en ellos. Alguna vez hablaba de reanudar los estudios de Farmacia, que había iniciado antes de la súbita muerte de don Rafael Claramunt y que parecían acomodarse mejor con la idea de una vida tranquila, lo que, en el fondo, era su auténtica aspiración.

El primogénito de los Claramunt no había salido a ninguno de los dos, ni a su padre ni a su madre. Años más tarde, ya con la carrera de Farmacia finalizada, se casó con la hija única de un próspero fabricante de cerámica industrial que, con motivo de la boda, le regaló a su yerno una farmacia. Ya después de la guerra, Justo tuvo dos hijas.

Pero el futuro de Justo no le preocupaba demasiado a su madre. Aunque no lo demostrara con gestos de cariño, doña Elvira quería a sus hijos, al mayor y al pequeño, pero no dedicaba mucho tiempo a elucubrar sobre su futuro. Daba por sentado que ocuparían un lugar honorable en el mundo. Ya lo ocupaban. Eran

sus hijos y los de Rafael Claramunt, que había levantado con sus propias manos, sin la ayuda de nadie, un pequeño imperio.

Si, tal como la viuda pensaba, ni Justo ni Alejo servían para los negocios, los negocios sí les servirían a ellos. Gracias al empeño del padre difunto, la familia Claramunt ocupaba un lugar destacado en la economía de la provincia. Justo y Alejo podían hacer lo que quisieran. Solo tenían que contar con el beneplácito de su madre, siempre proclive a ver el lado bueno de la vida.

Lo que doña Elvira necesitaba era encontrar un administrador que se encargara de llevar las cuentas de los negocios familiares, y dejar a sus hijos a su aire, mientras ella y fraulen Katia seguían viajando. Y eso era lo que se proponía resolver aquella mañana, pero, cuando salía a la calle, sus preocupaciones se disolvían, como si el viento las apartara de su cabeza. Desaparecían incluso sin viento, en aquella mañana de invierno de excepcional quietud.

Mientras recorría la avenida de la Patria, la viuda de Claramunt no dedicó ni un solo pensamiento a la inminente entrevista con el candidato a administrador. Hacía frío, lucía el sol. Al doblar las esquinas, se llevaba la mano enguantada a la cabeza en un gesto mecánico, propio de una ciudad con viento. Iba cubierta por un grueso abrigo de lana rizada que remataba con un cuello de astracán y que hacía juego con el gorro que había pertenecido a su difunto marido. Llevaba guantes de piel muy ajustados, hasta la muñeca. De su brazo colgaba un pequeño bolso de charol. Excesivo brillo a la luz del día. Pero a doña Elvira le fascinaba el charol. En aquella ocasión, no llevaba anillos a causa de los guantes, que no pensaba quitarse en casa de Eugenia. Era una visita rápida, de mañana, de paso.

La señora calzaba zapatos negros con puntera y ribetes de charol. Sobre el empeine, se destacaba una gran lazada de raso. Bajo el casquete de astracán, llevaba un tocado ligero. Un conjunto de plumas negras que recogía vuelos de tul, parte del cual caía sobre su rostro. La distancia entre su casa y la de su amiga Eugenia no llegaba a trescientos metros. Había que recorrer unas calles estrechas y atravesar el ancho Coso, por donde pasaban los tranvías. Al otro lado del Coso, en una de las pequeñas plazas que se abrían en el interior del casco antiguo, entre edificios con vestigios romanos y mozárabes, se levantaba, sobrio y elegante, el palacio de los Tello, que ahora habitaba la familia formada por Eugenia Tello, heredera del palacio, y Baldomero Beltrán, el ingeniero municipal.

Era un recorrido corto que a doña Elvira le parecía largo. Le gustaba que fuera largo. Pocas veces salía sola a la calle, únicamente cuando se trataba, como era el caso, de un trayecto corto y conocido. En tales ocasiones, mientras recorría las calles, la señora disfrutaba enormemente. Aquel recorrido era una prueba.

Mientras lo hacía, deliberadamente despacio, se sentía capaz de recorrer grandes distancias. Siempre le había resultado estimulante la idea de que existen, cerca de nosotros, mundos diferentes, de los cuales solo podemos ver fragmentos. A doña Elvira le gustaba que el mundo fuera grande, que siguiera siendo para siempre algo en gran parte desconocido que merece la pena explorar. El mundo pertenece a los exploradores. Tenía esa idea metida en la cabeza. Había hecho ese trayecto –de su casa al palacio de los Tello y viceversa– innumerables veces, y siempre lo encontraba distinto, siempre descubría algo, un portal oscuro en el que nunca había reparado, un edificio misterioso, un balcón cerrado. Levantaba los ojos y se preguntaba para qué serviría o qué significado tendría esa pequeña edificación rematada con una cúpula que surgía entre los tejados y las azoteas. Era la primera vez que la veía, aunque evidentemente había estado siempre allí. Desde antes de nacer ella. Se cambiaba de acera para verla mejor. Localizaba al fin el edificio. Sonreía con satisfacción.

–Claro –murmuraba–. Es la casa de los Alcalde. Dios sabe qué habrá sido de ellos. Eran algo estrafalarios.

Doña Elvira hablaba sola, en voz baja, en un murmullo que no era fácil de entender. Por un momento, pensó en los descarriados Alcalde, que habían desaparecido de la ciudad hacía varias décadas y de los que nadie sabía nada. Una estirpe acabada, sin descendencia. Eso le dio una gran sensación de estabilidad, de seguridad. Su estirpe seguía ahí. Ella nunca dejaría la ciudad, no abandonaría su fortuna. Se mantendría a resguardo del frío y de las violentas ráfagas de viento, era capaz de retarlos, si se daba el caso. No haría falta. Todo saldría bien, porque ella pertenecía a la parte buena de la vida. La parte que construye y que crea, que se mueve con energía y firmeza. Había algo ejemplar en todo lo que ella hacía. Por eso se mostraba, por eso se calzaba bonitos zapatos y se vestía con telas brillantes y ensartaba hermosos broches en las solapas y pecheras de sus trajes. Debajo de la gruesa lana del abrigo, sobre el damasco negro que cubría su cuerpo, prendido en uno de los pliegues de su vestido, guardaba su brillo, oculto, un broche de piedras grises y rosas en forma de dalia. Doña Elvira sentía el peso del broche de la dalia cerca de su corazón. El corazón latía, la dalia brillaba y sus zapatos pisaban los viejos adoquines. Se veía reflejada en las lunas de los escaparates y sus labios esbozaban, casi de forma involuntaria, una sonrisa que tenía algo de imbatible, de enigmático. Ni el viento ni nada se la podían llevar.

Todos los días guardan dentro de sí pequeños momentos de felicidad. Están al alcance de cualquiera, pero no todo el mundo es capaz de verlos. No están

verdaderamente ocultos, pero sí algo camuflados. Si no te fijas, si vas muy deprisa, no ves nada. Hay que detenerse, respirar hondo, vaciarse de todo, convertirse en una especie de recipiente. Dejar entrar en tu persona el mundo entero. Doña Elvira, en sus viajes por el mundo, había descubierto que, a pesar del secreto vacío que tenía siempre en su interior y que nada podía colmar –¡qué pocas personas la conocían de verdad, si es que había alguna sobre la tierra!–, tenía ese don, una asombrosa facilidad para sentirse feliz sin ningún motivo aparente. Si había alguna clase de amor en su corazón, era el que sentía por ser exactamente lo que era, por llamarse Elvira Ibáñez y haber tenido por esposo a Rafael Claramunt, de quien en la actualidad, lamentablemente, era viuda –lo que declaraba con un orgullo que dejaba fuera de lugar toda queja–, y por estar en ese momento –¡pero después de haber recorrido medio mundo!– en medio de una vieja plaza de la ciudad donde había nacido, a punto de atravesar el umbral de la casa de su amiga Eugenia Tello, todo un palacio. Hay momentos en los que todo encaja. Todas las piezas encuentran su sitio. La belleza que adquiere el mundo a causa del orden se hace excelsa. El orden, sí. Esa era la causa última de tanta belleza. Doña Elvira se sentía parte inseparable de ese orden. Cuando percibía su belleza, la dicha la embargaba.

2. RECOMENDACIONES

La idea de contratar a un administrador había surgido en la cabeza de la viuda de Claramunt en el Café de las Damas, mientras, precisamente el día anterior, merendaba en compañía de otras señoras amigas y conocidas suyas.

Eugenia Tello, casada con Baldomero Beltrán, el ingeniero responsable de las obras públicas de la ciudad, se había traído desde Barcelona a un joven pariente que había realizado estudios mercantiles y cuya familia había entrado en fase terminal de bancarrota. Antonio Perelada, que así se llamaba el joven protegido, le servía de ayudante al ingeniero, que además de tener despacho en el Ayuntamiento, donde pasaba la mayor parte del día, contaba con otro en su propia casa en el que se recluía al regreso de su trabajo oficial. El ingeniero estaba lleno de ideas innovadoras y empleaba su tiempo libre en dibujar planos y escribir cartas en las que exponía sus proyectos a posibles mecenas o clientes. Perelada tenía muy buena letra, sabía escribir a máquina y redactaba muy bien las cartas y los informes.

–A mí me haces un favor, porque, sin él quererlo, su presencia en casa me ha complicado la vida –dijo Eugenia Tello–. Un asunto de faldas –añadió bajando un poco la voz–. Se trata de la nueva doncella, a quien le he cogido cariño. La chica está trastornada. Le sigue por la casa con cualquier pretexto. Ella lo niega, pero yo me doy perfecta cuenta. Es una chica muy impulsiva, demasiado. Tengo que evitar el desastre. Si no lo contratas tú, lo mandaré de vuelta a Barcelona. Pero creo que el chico vale, quizá sea la persona que andas buscando.

Algunas de las señoras reunidas en el Café de las Damas conocían al joven Perelada y dijeron que tenía buenos modales y parecía despierto. Habían intercambiado, en sus visitas a la dueña de la casa, algunas frases con él.

–Lo importante es que tenga buena cabeza –manifestó doña Elvira.

–De eso puedes estar segura. Baldomero es muy exigente. Compruébalo tú misma. Te lo envío a casa cuando quieras. Si eso te parece muy comprometido, ven a verle tú misma. No le diremos para qué. Ya me inventaré una excusa para que se siente un rato con nosotras. Hablas con él con toda tranquilidad y luego te lo piensas.

Como las dos señoras estaban interesadas en resolver el asunto cuanto antes,

decidieron que el encuentro se produjera al día siguiente. Las otras amigas expresaron su interés por asistir a la reunión, pero al fin todas convinieron que era mejor que la viuda hablara con el joven a solas. Se sentiría más cómoda, haría las preguntas que le parecieran más oportunas, con entera libertad. Era mejor, incluso, que la misma Eugenia no estuviera presente.

Doña Elvira no sabía lo que debía preguntarle al joven. Los datos familiares, que son siempre los que inspiran más curiosidad, estaban en poder de Eugenia Tello. No había nada que investigar, nada que Eugenia no supiera. Puede que edulcorara las historias de su familia, pero, a grandes rasgos, la procedencia social del joven estaba fuera de toda sospecha. Otra cosa era la situación en que se encontraba, por culpa de las convulsiones sociales del momento o por lo que fuera. Lo importante era que, de una manera u otra, el joven pertenecía a la familia Tello. Doña Elvira se fiaba de su amiga. Si no confiaba en ella, no confiaba en nadie.

Establecida la respetabilidad social del candidato, había que asegurarse de que se dieran en él las cualidades que precisa un administrador. Tenía buena letra y redactaba bien las cartas, ¿qué más hacía falta? Que se manejara bien con los números. Eso era lo principal. Doña Elvira, de números, no entendía nada. En toda su vida no había hecho otra cosa que gastar. Mientras Rafael Claramunt vivió, ella no se había privado de nada. A don Rafael le gustaba que doña Elvira disfrutara. Que se comprara joyas, y que vistiera con cierta ostentación, le parecía bien, casi conveniente para el negocio. La idea de abrir el Café de las Damas, e incluso el nombre, se le había ocurrido a don Rafael a partir, precisamente, de las aficiones sociales de su mujer. Doña Elvira habría preferido llamarlo Gran Café de las Damas, pero cedió al instinto comercial de su marido, que aconsejaba moderación.

—De números no sé si el chico sabe o no sabe —dijo Eugenia—. Eso es cosa de Baldomero, que tiene un talento impresionante para los números.

El ingeniero Beltrán tenía fama de poseer una memoria prodigiosa y una mente privilegiada para el cálculo. Tenía la cabeza llena de números, se decía. De números, de proporciones, de toda clase de operaciones matemáticas. Sus ojos eran como rayos. Solo con mirar algo sabía con exactitud lo que medía, lo que pesaba y otras cualidades relacionadas con pesos y medidas. Dueño de aquellas extraordinarias habilidades, el ingeniero se pasaba las horas concentrado en el dibujo y la descripción de los artilugios de toda clase que salían de su fértil imaginación. El joven Perelada, por tanto, no había sido puesto

a prueba en el terreno de los cálculos matemáticos ni en el de las cuentas, sino en el de la caligrafía, la ortografía y la gramática.

La viuda de Claramunt, tras el corto y feliz recorrido que acababa de hacer, bañada en la intensa luz del sol del invierno, se detuvo un momento frente a la austera fachada del palacio de los Tello y se dijo que todo saldría bien.

En la penumbra del zaguán del palacio de los Tello, doña Elvira, tras lanzar una fugaz mirada a las lazadas de raso de sus zapatos, giró la cabeza para saludar al portero, que vestía uniforme verde oscuro con botones dorados y que la había reconocido y se había levantado de la monacal silla en la que permanecía sentado durante horas para velar por la seguridad de los habitantes del palacio y dar a todos –inquilinos, visitas y viandantes que pasaban durante el día por delante de la gran puerta del zaguán, unas veces abierta de par en par y otras entreabierta– una impresión de magnificencia.

–Si desea subir en ascensor, la acompaño –dijo el portero, tras el saludo formal.

–No, de ninguna manera. Solo es un piso –dijo la señora, haciendo con la mano enguantada un gesto casi jovial–. Recuerdos a su mujer –añadió luego, mientras ponía el pie delicadamente calzado en el primer peldaño de la escalera.

Hacía años que el portero había enviudado, pero doña Elvira no lo sabía o lo había olvidado. Era una frase que pronunciaba siempre que dirigía la palabra a un representante masculino de una clase social evidentemente inferior a la suya. «Recuerdos a su mujer» era una fórmula que denotaba interés por los otros. Si la tal mujer había fallecido o no había existido nunca, eran cuestiones intrascendentes. Con la frase se quedaba bien. Alguien se lo había dicho alguna vez. O puede que fuera una máxima de su propia invención. Una máxima concebida en un instante de felicidad.

El ingeniero Beltrán había hecho instalar el ascensor, de madera noble, espejo de medio cuerpo y asiento de terciopelo, al fondo del zaguán, aprovechando parte del hueco de las escaleras, sin ocupar todo el espacio, sin ser perceptible a primera vista, sin restar, en suma, al palacio ni un ápice de su majestuosidad.

Ciertamente, se dijo doña Elvira, la instalación del ascensor proporcionaba mayor comodidad a la vida en el palacio, pero el ambiente frío y algo húmedo que se respiraba en el interior de sus muros, a causa de los inviernos acumulados a lo largo de los siglos –algo más de dos, sin exagerar– y de la escasa luz natural que entraba por las estrechas ventanas, no fomentaba la idea de un hogar acogedor.

El piso del edificio Claramunt en el que vivía Elvira Ibáñez se caracterizaba,

al contrario, por eso que más tarde se llamó «confort» y que básicamente consistía en una vivienda amplia y soleada, bien caldeada y bien aireada. Rafael Claramunt era un hombre de su tiempo. Creía en la higiene, en la conveniencia de llevar una vida saludable, en los beneficios de los elementos naturales, aire, sol, agua, vegetación. Desde el salón del piso principal, podía contemplarse la calle a través de un mirador en forma de rotonda. Con la excepción del comedor y de la biblioteca, que ocupaban los cuartos más oscuros de la casa, las habitaciones estaban inundadas de luz. No en pleno verano, desde luego. Durante los agobiantes días de calor, los balcones y las ventanas del piso se cerraban.

El palacio de los Tello, aun modernizado, no suscitaba en el pecho de doña Elvira ningún sentimiento de envidia. Los Tello pertenecían a la aristocracia de la ciudad, y los Claramunt –con quienes la joven Elvira, nada más contraer matrimonio con Rafael, se había identificado–, al comercio, a la próspera burguesía. Se necesitaban mutuamente. Pero la burguesía era el motor del progreso. No ella, concretamente, Elvira Ibáñez. Ella, por carácter, se sentía más cercana a la aristocracia. No era motor de nada. Era una vividora, una degustadora. Pero Rafael Claramunt, su difunto marido, había dejado su impronta en la ciudad. Esa era la responsabilidad que tenía ahora la viuda: mantener el imperio, seguir creando a su alrededor riqueza y bienestar.

Mientras subía por las escaleras de piedra del palacio, doña Elvira saboreaba la sensación del peso de su propio cuerpo en cada peldaño, en el movimiento del pie al alzarse y convertirse, inmediatamente, en un punto de apoyo para empujar al otro, y se sentía pletórica de vida, porque el simple hecho de estar subiendo unas escaleras –esas, tan majestuosas– le mostraba claramente que era una mujer llena de vigor, una mujer capaz de hacer frente a las dificultades de una vida que, en el fondo, siempre le había sido favorable.

Edición en formato digital: enero de 2019

© Soledad Puértolas, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4005-6

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es